

Virgilio Piñera. Centenario de un maldito

Abilio Estévez

Es inevitable que recuerde con claridad la última noche de 1978. Vivíamos entonces en un mundo que creíamos inmóvil. Teníamos la ingrata impresión de que la vida sería para siempre aquel lugar oscuro, displicente, inútil, en el que nos habían puesto a sobrevivir. Celebrábamos la Nochevieja porque después de todo estábamos vivos, disfrutábamos de las alegrías de la amistad y nos negábamos a dejar morir algunos ritos. Allí, en la casa de la calle Galiano, que muchos años atrás había sido una de las calles más elegantes de La Habana, nos reuníamos a escondidas con Virgilio Piñera. Éramos sólo cuatro personas las que intentábamos festejar el inicio de un nuevo año. La casa parecía una alegoría de nuestra vida: larga, estrecha, lúgubre, sin ventanas: había sido un estudio fotográfico en la segunda década del siglo XX. Para la «fiesta», contábamos con un poco de whisky japonés (sic), un buen vino rosado húngaro, y bastante té negro con limón (Piñera era abstemio). Recuerdo que en un momento de la noche, después del consabido juego de dominó y de la conversación dispersa, que huía cuidadosamente de cualquier tema serio, que no abordaba la literatura, mucho menos la política, y con el humor cáustico que lo caracterizaba, su extraordinaria habilidad para profetizar, el escritor declaró que en treinta y cuatro años se celebraría por todo lo alto su centenario. Dadas las circunstancias, el presagio no podía ser más audaz, tampoco más absurdo. Hacía poco más de un año que la Seguridad del Estado nos había prohibido que nos viéramos. Por su amistad conmigo, a Piñera se le había tachado de «desviar ideológicamente a la juventud, de corromperla». Asimismo, se nos había impedido regresar a Villa Manuela (Piñera la

había rebautizado como «la Ciudad Celeste»), la casa del pintor Yoni Ibáñez. No sin mucha pena, y sin horror, dejamos de ir a la gran quinta arbolada de las afueras de La Habana, donde nos reuníamos, nosotros, el «cogollito» habanero, y se conversaba, se bebía champola y se leían poemas y cuentos. Allí, en aquella casa extraordinaria, Piñera dio tres conferencias también extraordinarias, una sobre Baudelaire, otra sobre Julián del Casal y una tercera sobre José Lezama Lima. Después, fue la dispersión y el miedo y la sensación de que entrábamos en una caverna sin salida y sin fulgores. No obstante, hacia finales de 1978, la propia policía había tenido la condescendencia de devolver al escritor sus libros inéditos, incautados un año atrás. Esta devolución, sin embargo, no impedía que el autor de *Cuentos fríos*, *La carne de René*, *Pequeñas maniobras*, *Electra Garrigó*, *Una broma colosal*, *Aire frío*, y tantos libros fundacionales, indispensables (y no sólo para la cultura cubana), continuara vagando por la ciudad como una sombra, desecho en impalpabilidad, casi muerto, fantasma de sí mismo. Y eso que su humor y su capacidad de predicción, no le alcanzaron para comprender que sería la última Nochevieja de su vida. Como se puede apreciar, teníamos poco que festejar aquel fin de 1978. ¿Debo repetir que nunca creímos que llegaría el momento de salir de semejante encierro, que nunca se llegaría a conmemorar por todo lo alto ningún centenario? No nos dimos cuenta de que ni el mundo era tan inmóvil, ni nuestra vida podía permanecer idéntica para siempre. Aunque nos pareciera mentira, el tiempo transcurriría y los sucesos, la historia, a pesar de toda su aparente fijeza, se precipitarían, a veces para mal, otras veces para bien. De modo que finalmente han pasado treinta y cuatro años, y tanto La Habana como Miami (las dos capitales de Cuba) se aprestan a conmemorar por todo lo alto el centenario de un escritor sorprendente y fantasmal llamado Virgilio Piñera. Sospecho, incluso, que se le está recordando más de lo que él mismo, irónicamente o no, pudo imaginar. Es decir, han llegado las que considero «dudosas reparaciones de la posteridad». Puestas en escena, coloquios, discusiones, ediciones de revistas... Todo parece poco para celebrar los cien años del nacimiento de uno de los escritores más grandes, también más desconocidos, incluso marginales, con una de las obras más coherentes y deslumbrantes de la literatura

cubana y latinoamericana. Hasta sus enemigos, o los llamados amigos que tuvieron la implacable prudencia de volverle la espalda en sus últimos años, acuden con premura al coro gozoso de las alabanzas.

Cuando conocí a Virgilio Piñera a mediados de 1975, yo era un joven de veintiún años, quería ser escritor y estudiaba Lengua y Literaturas Hispánicas en la Universidad de La Habana; él era un escritor de sesenta años, que, por una desdichada conjura histórica, política (caudillismo latinoamericano con hábito marxista), había entrado en la última y peor etapa de su vida. Luego de un fugacísimo entusiasmo con la revolución triunfante, había comenzado para Virgilio Piñera su inevitable desencuentro con el poder. Y si el desencuentro es con el poder absoluto, se pueden deducir las absolutas consecuencias. Como siempre fue beligerante (Lezama Lima lo llamaba «la oscura cabeza negadora»), o lo que es lo mismo un moralista al modo baudeleriano, un hombre que concedía una altiva importancia al «dar fe» («El mundo se divide en dos grandes mitades —escribió en su ensayo «El secreto de Kafka»— si lo miramos desde el ángulo de la personalidad: el de los que tienen fe y el de los «que dan fe»... [...] Los primeros reciben el nombre de seres humanos; los segundos, de artistas), Virgilio Piñera no se dejó hechizar, salvo por un brevísimo tiempo, por lo que Raymond Aron tuvo el acierto de llamar «el opio de los intelectuales». Es de sobra conocido su brevísimo diálogo con Fidel Castro en aquel temprano encuentro de la Biblioteca Nacional en 1961. Quizá se haya relatado en repetidas ocasiones la «conversación» que comenzó con el joven jefe revolucionario, que hizo ostensible su poder al dejar una pistola sobre la mesa, y el escritor maduro, asustado, tembloroso, de vuelta ya de tantas batallas, que fue capaz, sin embargo, de ponerse de pie y decir que tenía miedo, que se decía que la cultura iba a ser manejada y que él tenía miedo. Como todo el mundo sabe, de esas reuniones resultó un discurso titulado *Palabras a los intelectuales*, del que hizo historia una frase musoliniana que ha sido, hasta hoy, la guía forzosa en la política cultural cubana: «Con la revolución, todo; fuera de la revolución, nada». Guillermo Cabrera Infante, presente en el encuentro de la Biblioteca (en rigor uno de los protagonistas, puesto que el detonante de aquellas reuniones había sido la censura de la película

PM, sobre la noche habanera, realizada por Sabá Cabrera Infante y Orlando Jiménez Leal), ha relatado aquel instante, que ya ha pasado a la historia y ha alcanzado la categoría de mito, en una divertida y hermosa evocación de Virgilio Piñera y José Lezama Lima, titulada «Tema del héroe y la heroína», de su libro *Vidas para leerlas*. También Juan Goytisolo ha recordado este suceso en unas páginas hermosas, «Valentía y honradez», en el número 114 (octubre de 2009) de *República de las Letras*. Más recientemente, el periodista y escritor Alejandro Armengol, en la ponencia titulada «Elogio de los cobardes», aparecida en la revista digital *Encuentro por la cultura cubana*, ha escrito: «En realidad, las *Palabras a los intelectuales*, debiera llevar como subtítulo «Respuesta a Virgilio Piñera»». También sería justo destacar, que aquella conducta del escritor, de una extraordinaria valentía (a pesar de su apariencia temerosa), frente al líder de la revolución, es el resumen y acaso la culminación de una vida y de una manera de entender, «profesar» la literatura, la actitud, *l'engagement*, de un intelectual que asumió una relación ética (conflictiva por ética) con la literatura, con su literatura, con su rebeldía y su voluntad de «dar fe», o lo que es lo mismo destacar que «el móvil último que moviera a su autor fue el de una invención estrictamente literaria, producto de una enfermedad que se llama literatura, como la de la seda del gusano o la de la perla de la ostra» («El secreto de Kafka»).

Desde muy pronto, apenas llegado a La Habana, desde la lejana Camagüey, donde vivió su adolescencia, Virgilio Piñera fue un escritor a contracorriente. Fue, en efecto, la «oscura cabeza negadora». La obra que poco a poco Piñera fue levantando, así como la postura que esa obra exigía, lo condujeron a los márgenes inevitables. Era allí, en esos límites, donde quizá sintió que su obra alcanzaba su razón, su demostración, su verdad última. Desde temprano su obra, y la postura de libertad que su obra exigía, lo condujeron a unas esquinas incómodas donde él acaso se sentía cómodo. El de marginal, por supuesto, es un término problemático. Parece difícil que un autor se considere marginal a sí mismo. Como ha visto Juan José Saer en unas bellísimas páginas sobre la literatura argentina, «cada autor, por la esencia misma del arte literario, postula su obra como un intento de englobar la existencia

en su conjunto. En realidad, es la tradición oficial la que crea a los marginales, como la Iglesia a los herejes». Piñera fue un hereje. Siempre. Se situó en el «afuera», en el más allá de cualquier lugar común o de «oficialidad», literaria o no. Amigo y antagonista de Lezama Lima, publicó en las revistas *Espuela de Plata* y *Orígenes*. Se le puede considerar incluso un origenista sólo si se acepta su modo oblicuo de serlo, su modo independiente, libre, disconforme, negador, anti-lezamiano y anti-todo-lo-que-significara-acomodación. Hereje no sólo poético, puesto que era el único agnóstico de entre todos esos poetas, y de una homosexualidad abierta, sin disimulo. Vicente Cervera y Mercedes Serna, en la edición a los *Cuentos fríos* y *El que vino a salvarme*, de la colección Letras Hispánicas, de la editorial Cátedra, han puesto énfasis en un temprano ensayo, bastante poco conocido y publicado por Piñera en la revista *Espuela de Plata*, en 1940. Se titula «Poesía y crimen» y en él Piñera ataca a «los sementales de frases hechas», a «las palabras que se ordenan según las castas en un espectáculo de tramo-ya celestial». Es decir, atacaba la tiranía poética de Lezama. Si se piensa en el magisterio indiscutible que Lezama Lima ejercía sobre el grupo de poetas católicos que se reunía en su torno y publicaba en *Espuela de Plata* y luego en *Orígenes*, se comprenderá el atrevimiento, la beligerancia (liberadora) de dicho ensayo. Como respuesta al catolicismo de *Espuela de Plata*, como respuesta a la delectación en lo que él considera una manera cómoda de crear, publicó en 1942 la revista *Poeta*. Sólo dos números, no tuvo dinero para más, pero en sus dos editoriales titulados «Terribilia meditans», dejó clara su postura estética, o sea ética: «Dejémonos ya de frases, de lemas, de *ex-libris*, de prólogos, de manifiestos... Están hechos de lo hecho, de lo acabado, repujado o cincelado; de lo que se encaja u obliga. Gran necesidad de la patada de elefante, a ese cristal hecho para el anhélito de los ángeles. Después de la patada, la reconstrucción del cristal, gránulo a gránulo, proclamar que sólo es posible la cordura para la demencia o la suma por la división». Un año más tarde, en 1943, Piñera publicó un largo poema que cayó, y sigue cayendo, como una impetuosa pedrada en las aguas de mansas e indulgentes de un cierto modo de entender la cubanidad. *La isla en peso* es, en efecto, no sólo uno de los mejores poemas que se hayan publicado en Cuba, sino uno

de los mayores intentos de dar una «patada de elefante», de destruir un cristal para reconstruirlo, de desmitificar y remitificar la Isla. Como era de esperar, no fue comprendido. También como era de esperar, fue gozosamente atacado. Famosa miopía, por ejemplo, la lectura del crítico y poeta Cintio Vitier, que entendió (o no entendió) este poema como «autoexostismo», «agnosticismo», «resentimiento cultural», «festín de existencialistas», «retórica, pulpa, abundancia podrida, lepra del ser, caos sin virginidad, espantosa existencia sin esencia». También, al cabo del tiempo, nos ha permitido otro modo de analizar y entender la Isla. En 1948, cuando se estrenó su pieza *Electra Garrigó*, escrita seis años antes, tuvo lugar un verdadero escándalo en La Habana. La empobrecida crítica teatral, no estaba preparada para aquel replanteamiento del mito griego, aquella «cubanización», o banalización, aquel demoledor estudio de la familia cubana, en donde no hay héroes, ni dioses, ni fatalidades, ni erinias, ni salvación, ni condena, ni premios, ni castigos. Donde no hay nada más que hechos, puro vacío y pura frialdad de los hechos. Y no sólo eso, claro está. Con esa pieza, abrió una puerta, fundó nuestro teatro. Lo puso al nivel de cualquier teatro del mundo. Se adelantó, incluso, al absurdo de Ionesco. El escritor cubano Antón Arrufat ha visto cómo, después de *Electra Garrigó*, descubrimos que podíamos hacer cualquier cosa sobre un escenario. En ese año del estreno, hastiado y asfixiado, enfrentado a todos, se fue Piñera a Buenos Aires. Allá se había ido antes, en 1942, a donde llegó el mismo día en que Perón accedió a la presidencia, y donde permaneció en un exilio voluntario de doce años. Allá encontró (porque aunque no existan los dioses, a veces los no-dioses despliegan sus raros desig-nios) al escritor Witold Gombrowicz. La amistad, exaltada por una extraordinaria complicidad, por una visión semejante del hecho literario, unió al exiliado polaco (enfrentado a Borges y al grupo de la revista *Sur*), con el cubano dispuesto a enfrentarse siempre a las opresiones de cualquier cofradía. Fue presidente del comité de traducción de *Ferdydurke*. En la revista *Anales de Buenos Aires*, publicó un ensayo célebre sobre el tantalismo de la literatura argentina. De estos años, ha quedado una nota de Adolfo Bioy Casares, que puede dar idea, no sólo del ridículo machismo del autor de *La invención de Morel*, sino, además, de la impresión

«difícil» que Piñera podía provocar. «A la noche –escribe Bioy–comen en casa dos maricas cubanos de la revista *Ciclón*: Rodríguez Feo, el director, y Virgilio Piñera, el secretario de redacción. Rodríguez Feo es rico, buen mozo, menos literario que su amigo (...), Piñera es delgado, con cabeza de perro flaco, de empuñadura de paraguas; es modosito, silencioso y un poco lúgubre...»

Nunca hubo complacencia en la obra de Piñera. Ni hubo otra complacencia en Piñera que entregarse a su obra. No hubo más encanto que el que podía crear el frío, el vacío, el absurdo, el horror, y, por supuesto, el escribir. Ni en sus tres novelas, ni en sus poemarios, ni en sus cuentos extraordinarios (seiscientas páginas en la edición de Alfaguara de 1999), ni en sus piezas teatrales (setecientas páginas en la edición de Letras Cubanas de 2003), se hace otra profesión de fe que no sea estrictamente literaria. La obstinación de Piñera, ese tenaz sentido histórico, esa fusión entre carne y literatura, provocan un añadido de admiración, si se tiene en cuenta que se habla aquí de un escritor que, lo reitero, en los últimos once años de su vida, no publicó y no vio sus obras representadas. Allí donde otros hubieran desistido, o se hubieran sumido en el desencanto, él persistió. La mejor respuesta de aquel hombre, que había sido borrado de la vida cultural cubana, fue recluirse en su ilusorio *Vivarium* y pasar los tiempos oscuros (como en definitivamente había hecho siempre) del único modo que supo o pudo: imaginando, escribiendo, creando mundos extraños, absurdos, fantásticos, o lo que es lo mismo, vidas alternativas. En diez años de muerte civil, dejó dos libros de cuentos, un poemario, ocho obras de teatro. Es difícil dar mayor testimonio de lealtad literaria. Pocos como él para hacernos entender la frase de Friederich Rückert, aquella de que la perla es la enfermedad de la ostra. En cierta ocasión me dijo (nunca lo he olvidado), que la literatura era «la única pasión fría». Intentar comprender esta aparente paradoja, puede servir de mucho.

Las obsesiones literarias de Piñera casi no variaron con el tiempo. Léase, si no, las primeras narraciones, léase «La caída», ese cuento en el que los que se despeñan se fragmentan; «El caso Acteón» donde los personajes se confunden en «una sola masa, un solo montículo, una sola elevación, una sola cadena sin término»; o, más evidentemente, en «Un fantasma a posteriori»; o cuando el

protagonista de *Pequeñas maniobras*, ese personaje pequeño, triste, afantasmado, se dice que «no basta con decir que la vida es bella, hay que probarlo». Para realizar esa comprobación, el argumento lógico piñeriano consistió en una reducción al absurdo. De ahí la persistente dificultad de su obra para abrirse paso hasta hoy, el hecho de que aún en la actualidad permanezca cercana a los márgenes, a pesar de cuánto nos revela del mundo, de nosotros, y de nuestra relación con el mundo, a pesar de cuánto ilumina. Virgilio Piñera continúa sin el reconocimiento que merece. Alguna verdad debe de gritarnos, que no nos gusta, que no queremos escuchar. No se propuso halagarnos. No condescendió con las argucias de la benevolencia. Ni con la artimañas de los prejuicios y los tópicos. Su pasión era, o es, fría; su frialdad, apasionada. Su literatura nació de una duda permanente, de una certeza no menos permanente, de una implacable exploración de lo que se toma por verdad, y de un denuncia de la impostura, del fingimiento, del *larvatus prodeo*. También de la soledad, de la angustia y del miedo. Y nació, al propio tiempo, de su fragilidad y de su fuerza. Merece, pues, que celebremos su centenario como él ya sospechó en aquella Nochevieja de 1978, la última de su vida ©